

## Tomás Bedó

JORGE ROSA

Hace algunos días se nos fue Tomás Bedó. No quise escribir esta nota antes de que se pasara algo el estupor que la noticia de su fallecimiento nos causó. Dolor profundo de todos aquellos que lo conocimos y quisimos desde su lugar de amigo, de maestro, de analista de tantos. Dolor de los suyos, que acompañamos, en la impotencia de hacer solo eso.

Pero si dejamos pasar esos días es porque queríamos escribir sobre Tomás cuando pudiéramos recordar y seguir acompañándonos de su modalidad con la misma sonrisa de antes. Deberíamos decir cuando todo lo de Tomás que llevamos en nuestro corazón nos consolara parcialmente y nos permitiera decirle a él algo de lo que sentimos.

Tomás como amigo era un maestro, como maestro era un amigo. Imposible poner uno de los términos antes que el otro. Era tan único que alguien, hace muchos años, me dijo: "Con Tomás no aprendés psicoanálisis, aprendés de la vida". Y era así. Tenía una mirada y un pensamiento profundos, que muchas veces expresaba con sus ironías. Cuando Tomás ironizaba nos exigía muchísimo, porque siempre sus sabias ironías decían algo más. Otra perspectiva, también insatisfactoria. Por lo mismo, era difícil. Ante una pregunta suya, uno siempre sabía que la respuesta iba a ser incompleta. Nadie como él para enseñarnos, desde los hechos, que el psicoanálisis implica múltiples perspectivas de todo. Del otro y de uno mismo.

En el encuentro con Tomás siempre era más lo que estaba en juego. Nunca un problema técnico o una teoría que resolvieran las cosas definitivamente. El exigía y se exigía la reflexión inteligente, la duda, el respeto por el otro.

Para quienes no lo conocían bien, su humor punzante podía ser hasta agresivo. Detrás de eso, siempre estaba un ser humano tierno y curioso, enormemente curioso. Eso lo llevaba a ser una persona culta. No alguien que posee una sumatoria de conocimientos sobre ciencia y arte, que los tenía, sino en el profundo sentido de quien siempre está tratando de aprender, y disfruta con ello.

Su cultura europea me fascinaba. Recuerdo en las largas horas compartidas en las guardias del Vilardebó, mate en mano, a Tomás hablando de clásicos alemanes. Nunca pudo convencerse de que yo no conociera a Jakob Wassermann. En una oportunidad en que no pude identificar una frase como perteneciente a Schiller, se enojó (¿se enojaba de verdad alguna vez Tomás?), me devolvió el mate y sentenció: "El próximo, con agua". Podía, sin dificultad, tener su pensamiento en las cosas más complejas y ser un agudo observador de lo que pasaba a su lado.

Con nuestra Institución, con AUDEPP, fue de una enorme generosidad. Desde el primer día contamos con él para todo. Nos brindó seminarios de una creatividad excepcional. Una de sus últimas actividades con nosotros, fue hablarnos de Mozart con ingenio y amor ilimitados.

Sobre el final, su participación en nuestro Congreso. Su brillante exposición sobre Contratransferencia. Sus respuestas sagaces, sin esquematismos, pero con un rigor científico excepcional.

Después, la despedida. Fuimos muchos los que quedamos con el temor de que Tomás no supiera cuánto lo queríamos. No era fácil decírselo. Afectivamente se protegía, temeroso de que algo le doliera. Se revestía de espinas, pero su sonrisa delataba al niño tímido que había detrás.

Lo extrañamos, y mucho. Su familia, sus amigos, sus alumnos, sus pacientes.

Yo, que no soy creyente, siempre tuve una definición del alma. Creo que es eso que alguien que se va materialmente deja en los demás. Aquello que guardamos los que aún nos quedamos. Tomás nos dejó tanto, que está en cada uno de los que lo queremos.

*El próximo va con agua, Tomás.*